

CAPÍTULO I

Ese último baile

Polonia, 1939. En Wadowice —un pequeño pueblo a sesenta kilómetros de Cracovia con mucha historia y una rica vida cultural— es uno de los últimos días de la primavera. El corazón palpitante del centro normalmente es el Rynek, la plaza del mercado, rebosante de puestos y llena de gente que se agolpa caminando antes del anochecer.

Hoy, sin embargo, la verdadera fiesta está en el Kasyno Urzednicze, el club de funcionarios estatales, uno de los lugares más elegantes de la ciudad, donde, cada año, se celebra el Komers, el baile de promoción del examen final de los estudios masculinos y femeninos. Muchos de ellos, en un par de meses, comenzarán a asistir a las universidades más prestigiosas

del país. También desde aquí, desde Wadowice, un vestigio de la Polonia del mañana...

En el horizonte europeo se acumulan desde hace tiempo nubes oscuras, bajas y cargadas de tormentas. El nazismo se está volviendo cada vez más amenazador. Hitler repite obsesivamente que lo que le interesa es el corredor de Gdansk por su importancia estratégica. Sin embargo, basta haber leído algunos capítulos de *Mein Kampf* para comprender lo que tiene en mente cuando habla de un “nuevo territorio en Europa”: significa apoderarse del petróleo rumano y del trigo ucraniano, solo para golpear a Rusia y dominar Europa del Este. A pesar del creciente terror, que se extiende cada día más entre la población, parece que el tiempo se ha detenido. También en Polonia, que debería ser la nación más en riesgo, la vida diaria continúa con el ritmo y los hábitos de siempre.

Los muchachos llegan en grupo a Kasyno Urzedni Cze y, manteniéndose siempre en grupo, permanecen un poco a distancia. Las chicas invitaron a sus amigos mayores, oficiales y abogados. Suena el grupo de música Goldberg, muy conocido en la zona. Comienzan con canciones y bailes polacos. Las chicas bailan con sus invitados; mientras los

estudiantes, un poco aburridos y malhumorados, se sientan a beber vodka y a engullir bollería.

— ¿Pero por qué están bailando con ellos?

— ¿No entiendes? Todavía nos consideran muchachitos.

— Además, quien viste el uniforme o domina las leyes es ya un buen partido, ¿verdad?

Jurek, Lolek y Kurt permanecen en un rincón susurrando entre ellos. Lolek, en un momento, espetta:

— No me lo creo. ¿Cómo es posible?

— ¡Te digo que ha sido así! —insiste Jurek— Como soy judío, no me permitieron trabajar en el campus. Por eso, no pude ir al colegio para aspirantes oficiales. Y, por tanto, ni siquiera a la universidad.

— ¿Y entonces?

— Entonces, a través de un hombre importante que sabía que mi familia se mudó, pude inscribirme en el Politécnico de Varsovia, para cursos de ingeniería, pero si no hubiera sido por ese apoyo tan fuerte...

— ¿Y qué hay de ti, Kurt?

— Extraño, pero yo no he tenido ningún problema...

— Tal vez porque no tuviste que inscribirte en Varsovia... — Mientras habla, Jurek frunce el ceño a los dos compañeros de clase antisemitas, Zmuda y Poliwka, que están al otro lado del pasillo. — ¡Pero ves a esos criminales!

— Jurek, déjalos en paz... — suspira Lolek.

— ¿Pero no recuerdas cómo se comportaron en clase? Además, estoy seguro de que ellos también formaban parte de los grupos Owszem: eran aquellos que boicotearon las tiendas y oficinas judías. Querían impedir que los católicos las frecuentaran.

— Esto es verdad. Después de la muerte de José Pilsudski, se ha vuelto a extender cierto antisemitismo. Pero no en Wadowice, no por parte nuestra.

— ¿No en Wadowice? ¿De qué estás hablando? ¿Y lo que le hicieron a mi padre?

— ¿Al abogado Kluger? — preguntó Kurt.

— A mi padre, sí. A mi padre se le ordenó añadir en la placa fuera del estudio al nombre polaco, Wilhelm, el nombre judío, bíblico, Zev, “Lobo” ...

— No lo sabía.

— Pero ha sido por poco tiempo — dice Lolek para intentar calmar los ánimos — ¡Jurek, detente! Además, ahora no los verás más. Irás a Varsovia. Empieza para ti otra vida ¿Pero te das cuenta? Estábamos juntos en clase, desde primer grado, ¿y ahora? Tú en Varsovia y yo en Cracovia... — Con esas palabras, Jurek se calma. Cambia la expresión, sus ojos se vuelven dulces.

— ¿Sabes, Lolek? Recuerdo, como si fuera hoy, ese primer día de clase. La señora Emilia te tenía cogido de la mano...

— Mamá ya estaba enferma, pero había querido acompañarme a pesar de todo...

— ¿Qué pasó con el capitán? Todos tenían mucho respeto por él; lo seguían llamando así, incluso aunque ya no estaba en el ejército. Tenía bigote, ¿no? Y fue tal vez el bigote, esa mañana, lo que le confirió una mirada tan severa...

— Tenía un gran sentido del deber. Mientras nos acercábamos a la escuela, me repetía: “¡Tienes que portarte bien! Escúchame, ¡tienes que portarte bien!”.

Para romper el hilo de esos recuerdos, ya imbuidos de tanta emoción, se cambia el repertorio musical. Después de los bailes tradicionales polacos, la banda de Goldberg empieza a tocar valeses, tango, fox-trot, slow fox. Se ve que las muchachas saben bailar; mientras que muchos de los estudiantes se mueven avergonzados, un poco torpes.

Se acercan a los tres chicos Halina y Ewa. Aquella, que es compañera de teatro de Lolek, lo invita a bailar. Es un baile lento, y se las arreglan para hablar.

— Entonces, Lolek, ¿te has decidido?

— Sí. Mi padre ha pensado que lo mejor es mudarse a Cracovia. Imposible para mí hacer ida y vuelta todos los días.

— ¿Pero, y la casa? — pregunta Halina.

— Hemos encontrado algo. No es mucho, una especie de sótano. Pero tiene la ventaja que no está lejos de la Universidad Jagellónica. Ya tengo solicitado matricularme en cursos de filosofía y literatura.

— Mis padres también están pensando lo mismo, irnos todos allí. Y de todos modos, nos veremos en Cracovia, en la universidad. Y seguiremos con el teatro, ¿verdad?

— Por cierto, Halina, ¿lo sabes? En Cracovia, dentro de unas semanas también vendrá Kotlarczyk.

— ¿Tu amigo el director?

— Sí, Mieczyslaw. Me habló de una nueva forma teatral, el teatro rapsódico. Es cosa suya. Un teatro de profundidad interior, de palabra viva.

Mientras tanto, Kurt le presenta a Ewa a Jurek.

— ¿Pero no la conoces? Es amiga de Tesia.

— ¿De Tesia? ¿No me digas que también juegas al tenis con mi hermana?

— Ni lo intento, es demasiado fuerte. Te gana también a ti.

— Pero eso no es cierto... Bueno, eso es... ¿Quién te lo dijo?

— Tengo mis fuentes.

Después del baile, Lolek y Halina se reincorporan. La chica está encantada con la velada.

— ¡Una fiesta bonita! Y tú, Kurt, ¿a qué universidad irás?

— En Leópolis, al Politécnico de Leópolis ...

— He estado allí, es una ciudad hermosa, especialmente cuando la ves desde arriba, desde el Castillo Staroselsky. Todas esas cúpulas verdes de las iglesias, esas calles tan anchas, tan ordenadas, y el Ploscha Rynok, la plaza del Mercado. ¡Estupendo! realmente una magnífica ciudad!

— Ha sido ocupada por muchos — recuerda Lolek. — Aun así, Lviv logró mantener lo bueno unido y la belleza de las distintas dominaciones.

— ¿Quieres decir que nosotros los polacos hemos sido demasiados y estamos ocupando la ciudad como invasores?

— Bueno, si quieres releer un poco la historia — dice Jurek.

Como si no pudiera soportar ese argumento, Kurt interviene bruscamente. Ahora tiene un tono de voz diferente, muy duro:

— En agosto nos mudamos a Leópolis, toda la familia. Está la amenaza de los alemanes, y para la gente como nosotros, ciertamente no será una vida fácil. Además, mi padre es capitán del ejército, y el general Sikorski seguramente necesitará hombres que sepan mandar...

— No sé de mi padre, — contesta Ewa sin ocultar su malestar — pero creo que nosotros también iremos a Leópolis. Tenemos parientes y muchos amigos en la comunidad judía. Estaremos más seguros allí que aquí. Mi madre tiene miedo. Dice siempre que no es cierto que los nazis dejarán a las mujeres en paz”.

Las dos chicas se miran. Serias. Preocupadas. Y, con solo un “adiós”, el grupo se separa. Ya nadie quiere hablar, solo por no confesar el sentimiento de miedo. Es noche profunda. Un cielo sin estrellas. La oscuridad parece tener que durar indefinidamente.

Todo empieza de madrugada, a las 4:49 del 1 de septiembre de 1939, cuando los cinco ejércitos de la Wehrmacht invaden el territorio polaco. Más de un millón de hombres, 2.650 tanques y en el cielo 2.000 aviones de la Luftwaffe. Es el comienzo de la Segunda Guerra Mundial. La noticia del pacto Ribbentrop-Molotov firmado entre el Reich alemán y Rusia, un acuerdo de “no agresión” entre ambas potencias, aún no se ha difundido; pero con el pacto, en secreto, existe un protocolo, en el cual se establece la división de la nación polaca en dos “esferas de influencia”.

Una espesa niebla envuelve el pueblo. Se puede ver solo una señal de tráfico, que indica Gorzów

Wielkopolski. Una larga fila de tanques, que acaba de cruzar la frontera Alemana-Polaca, avanza lentamente. Un Panzer III se desplaza, seguido de los demás, por una calle estrecha, hasta desembocar en una pequeña plaza. Hay una iglesia, y, asustadas por el estruendo, unas ancianas, todas vestidas de negro, miran desde la puerta central. El cañón se agacha, señala a las mujeres, pero parece vacilar. El soldado alemán, medio fuera de la torreta, mirando dentro grita: “¡Dispara!”. Alguien desde abajo parece decirle algo, y él: “¡Te lo ordeno! ¡Dispara!”. El cañón explota su carga de fuego, pero al final parece que el tiro ha sido desviado hacia arriba y derriba la mitad de la fachada de la iglesia. Las mujeres ahora están en el suelo, gritan, se quejan, algunas están heridas, pero siguen vivas. Y el militar dice al de abajo: “¡Imbécil! ¡Adelante! ¡Vamos adelante!”. Polonia aún no sabe que ha sido invadida.